

Lo que pasa en Estados Unidos... no se queda en Estados Unidos. El próximo 4 de noviembre la democracia americana tiene una cita, de repercusión planetaria, en las urnas. León Krauze asistió a las convenciones demócrata y republicana y hace la crónica de dos Américas irreconciliables; David Rieff analiza la frivolidad política de su país, y Antonio Navalón dibuja el perfil de Barack Obama, el candidato que rompe todos los esquemas.



La razón y la víscera

Para Daniel Moreno y Alejandro Nieto

I. ESPERANZA EN DENVER



Aquí se está escribiendo la historia”, me dijo Daniel, prototipo, con su blazer azul y su corbata a rayas, del joven demócrata bostoniano. Daniel hablaba de Barack Obama como quien describe a un ídolo infantil mientras esperábamos turno para entrar al Pepsi Center, sede en Denver de la Convención Demócrata en la que Obama sería ungido como el primer candidato negro con serias posibilidades de llegar a la presidencia de Estados Unidos. Como muchos otros de su generación, Daniel estaba en Denver para “ayudar”, me dijo, “a que la historia tenga un final feliz”. El discurso de Obama en la Convención de 2004—reconocido como una de las arengas más extraordinarias de la historia moderna de la política estadounidense—lo había convencido de dedicarse al servicio público. Durante todo 2008, Daniel se volvió parte de la mayor operación de voluntarios jamás puesta en práctica en una campaña electoral de Estados Unidos: había tocado cientos de puertas, repartido miles de volantes, incluso había registrado a nuevos votantes que, como él, antes “no creían en los políticos”. “Ahora sólo nos falta que Barack llegue a la Casa Blanca”, me confesó con una mezcla de entusiasmo y aprensión. La batalla para Obama había sido larga ya, y dolorosa. Hillary Clinton no había tomado bien su derrota en las primarias demócratas y los republicanos habían arreciado la tormenta de ataques. Y, claro, le dije al joven demócrata, siempre está el miedo a un magnicidio. “De eso, la verdad, no se habla”, me confesó de inmediato como quien teme que la sola voz haga posible una tragedia.

Esa tarde, el objeto del arrebato de mi joven interlocutor estaba todavía a cientos de kilómetros de distancia, haciendo campaña en Misuri. Pero la ausencia del protagonista no importaba a los que se amontonaban y empujaban para intentar conseguir un sitio dentro del Pepsi Center. La apuesta era presenciar toda la historia, no sólo el discurso que, tres días más tarde, diría Obama frente a 75,000 personas en el estadio de los Broncos de Denver. El primer capítulo lo escribiría, esa misma noche, Michelle, la esposa del candidato. Alta, distinguida y de opiniones firmes, la señora Obama enfrentaba un reto mayúsculo: presentar a su esposo de la mejor manera posible y persuadir al auditorio—que, por televisión, rebasaría las decenas de millones—de que los Obama no tenían ni intenciones radicales ni cicatrices atávicas. Convencerlos, en suma, de que no representan al “hombre negro iracundo”, como el propio candidato ha descrito la imagen que, de prevalecer en el subconsciente de su país, podría costarle la elección.

Michelle Obama tomó el micrófono en punto de las nueve de la noche. Vestida de un azul suave a la vista, comenzó a desmontar cada uno de los argumentos que los republicanos habían usado ya contra los Obama. “Nací y crecí en el sur de Chicago; soy hija de una ama de casa y de un obrero”, explicó casi en tono de súplica, para luego contar la historia de su padre, un hombre que, a pesar de sufrir de esclerosis múltiple, hizo hasta lo imposible para que sus hijos lograran ir a la universidad. Después, Michelle narró su noviazgo con Obama, a quien conoció, como su subalterno, en un despacho de abogados de Chicago. Tras su primera cita—para ver *Do the Right Thing*, de Spike Lee—se dio cuenta, dijo, de que compartía muchos “valores” con su colega “de nombre raro”: “uno trabaja fuerte por lo que quiere, la palabra de una

persona vale, a la gente se la trata con dignidad y respeto, aunque uno no los conozca, aunque uno no esté de acuerdo con ellos”. Al terminar el discurso, Barack Obama apareció en una pantalla para agradecer a su mujer: “Ahora saben por qué le pedí que saliera conmigo tantas veces aunque ella insistía en negarse. ¡Ustedes tendrán un presidente perseverante!” Fuera de guión, Sasha, la hija menor de Obama, lo interrumpió. Al final, al candidato no le quedó más que sonreír. “Además”, dijo el candidato, “te ves muy bien, Michelle”. A mi derecha Daniel lucía complacido. “La cosa va bien”, me dijo.

“NO NOS CALLARÁN”

Pero no para todos. Al salir del Pepsi Center me encontré con una isla de contrariedad. Cinco mujeres blancas con las ropas pobladas de botones con el rostro de Hillary Clinton discutían entre sí. Con la cara enrojecida, una de ellas me aseguró que, si Clinton no salía postulada, votaría por John McCain. Otra más, de Texas, dijo estar dispuesta a escribir el nombre de Hillary en la boleta antes que sufragar por el hombre que, apenas unos minutos antes, había aparecido en la pantalla desde Misuri: “Obama hizo trampa en mi estado. No tiene integridad y no voy a votar por él bajo ninguna circunstancia.” El supuesto dolor de Obama encendió las opiniones del resto del grupo: “Yo también soy de Texas y recibí amenazas de muerte”, apuntó una; “a mí me llegó un video de la campaña de Obama agrediendo a Hillary”, me dijo otra: “las trampas del equipo de Obama fueron sistemáticas y yo no voy a votar por un tramposo”. ¿Entonces preferirán ustedes a un republicano?, les pregunté. Todas, sin excepción, dijeron que sí. “Yo me considero independiente y a mí me gusta McCain, es moderado y creo que su esposa es una mujer ejemplar. Por supuesto: votaré por McCain”, remató Sonya, ilustrando la que sería, a la postre, la gran interrogante no sólo de la Convención Demócrata sino también de la que ocurriría una semana después, en Saint Paul, Minesota: ¿qué ocurriría con estas mujeres, para las que la derrota de Hillary Clinton vino a ser un agravio histórico, íntimo?

Por la mañana del martes, día en el que Hillary Clinton tomaría el micrófono para hablar en la Convención, me citó con John West, coordinador del movimiento en favor de Clinton durante la reunión demócrata en Denver. Los “clintonistas” habían rentado una habitación en un hotel en el centro de la ciudad desde donde planeaban recabar firmas, repartir volantes y, en caso de sentirse desatendidos, “armar un escándalo”. Muchas hojas con instrucciones tapizaban las paredes: “Cada vez que se mencione la seguridad social, todos debemos agitar nuestros letreros”, decía una, refiriéndose a las banderolas amarillas con las palabras “Health Care” que, en honor a uno de los temas que la señora Clinton ha defendido por décadas, planeaban distribuir en plena Convención. Antes de la entrevista, encontré a West dando indicaciones

a Lisa Romaines, una mujer elegante que no llegaba a los cincuenta años de edad y quien, acompañada de su hija, quería que West le explicara qué debía hacer cuando, como delegada de California, ocupara su lugar por la noche en el Pepsi Center. Aunque la petición de una entrevista la incomodó, Lisa finalmente accedió a responder un par de preguntas. “¿Qué sintió cuando Obama resultó el elegido, dejando en el camino a Hillary Clinton?”, comencé. “Hillary ha hecho tanto por las mujeres de este país. No fue fácil verla caer. Fue doloroso. De verdad pensé que tendríamos a la primera mujer como presidente en este país”, me dijo mientras miraba a su hija; “habría sido maravilloso que ella viera, junto conmigo, a una mujer llegar ahí. Pero eso ya no ocurrió. Lo que ahora queremos es que la traten con dignidad, que la respeten, que no la hagan a un lado de manera grosera”.

John West es hijo de republicanos, liberal en la agenda social y conservador en la económica; en suma, un votante típico de centro. Para West, el problema no es tanto que Hillary Clinton haya perdido, como mujer, la posibilidad de hacer historia. Lo que lo irrita, dice de manera enfática, es que Obama ganó haciendo trampa. West me explica que la campaña de Obama presionó a los votantes durante los *caucus** en maneras muy parecidas a las que la noche anterior me había descrito el grupo de simpatizantes de la señora Clinton. “Se debe terminar con los *caucus*, es un sistema que no es democrático”, insistió con evidente molestia. Pero más allá de la presión para modificar un reglamento electoral que, como quedó claro en 2000 y de nuevo en 2008, muestra defectos evidentes cuando la elección se define por márgenes estrechos, el movimiento que encabezaba West en Denver tenía una sola prioridad: “Con esta demostración de apoyo a Hillary Clinton, queremos dejar claro cuán importante es la agenda de la mujer en Estados Unidos y a qué grado el sexismo y la misoginia tuvieron un papel en el proceso electoral. Eso es inaceptable.” Antes de irme, West me regaló un DVD con un documental que, dijo, será ampliamente distribuido para la elección de noviembre. Se llama *We will not be silenced* [“No nos callarán”].

DESMONTANDO A PUMA

La amenaza de los simpatizantes agraviados de Hillary Clinton –y la oportunidad que representan para quien logre finalmente conquistarlos– encabezaba la lista de preocupaciones del Partido Demócrata en Denver. Apenas unos días después de que el triunfo de Obama fuera definitivo, un grupo de votantes que había favorecido a la señora Clinton echó por la borda la idea de unidad partidista para formar un grupo llamado “PUMA” o “Party Unity My Ass” (“Unidad del partido al carajo”). A pesar del nombre, el destino del factor PUMA no es cosa de chiste. Con dieciocho millones de votos en su haber, Hillary Clinton tenía

* Asambleas de votantes donde la gente manifiesta en público su predilección, y que se usan en un buen número de estados durante las primarias, muchos de ellos ganados por Obama.

—y tiene— en sus manos buena parte del destino de la elección de noviembre. Durante la plenaria de Denver, un sondeo sacudió a los demócratas (y probablemente repercutió en John McCain, que ya para entonces preparaba la bomba política del verano): de acuerdo con ABC News, el 24% de los votantes de Hillary Clinton se decía dispuesto a dar la espalda a Obama y votar, en cambio, por el candidato republicano. Con cuatro millones de votos en entredicho, los demócratas necesitaban blindarse rápidamente. Para conseguirlo, la campaña de Obama confió en la buena fe de Hillary y Bill Clinton. No tardó en quedar claro que, al menos en el caso de la primera, la reconciliación no sería cosa sencilla. A diferencia de los demás oradores de la segunda jornada en la Convención del Partido Demócrata, la señora Clinton habló poco de Obama y mucho de ella misma, además de referirse una y otra vez al botín político que aún llevaba consigo, esos millones de votos capaces de poner de cabeza un proceso electoral. Un día antes, una de las simpatizantes de Hillary me había advertido: “no escuches lo que dice sino trata de ver cómo lo dice; lee entre líneas”. Visto así, el discurso de la señora Clinton parecía más el primer discurso de la campaña de 2012 que el último de la actual. Al terminar me acerqué a Lisa, quien, de nuevo junto a su hija, trataba de evitar las lágrimas: “no esperaba menos de ella —me dijo—, es una dama”.

Para la noche siguiente, Bill Clinton trató de dar un respiro a las preocupaciones de la campaña de Barack Obama. El ex presidente Clinton, quizá el único orador capaz de conmovir al graderío como lo hace Obama, marcó una clara distancia entre sus ideas y las de su mujer. Si Hillary se había mostrado reticente a la hora de elogiar a Obama, Bill Clinton habló en detalle de las virtudes del candidato de su partido y, en lo que fue un gesto simbólico de auténtico peso, le entregó a Obama la estafeta de una generación que, para Bill Clinton, comenzó en 1992 con su propia elección: “Hace dieciséis años”, dijo Clinton, “triunfamos en una campaña en la que los republicanos decían que yo era demasiado inexperto y demasiado joven para ser presidente. ¿Les suena conocido?” El aplauso fue ensordecedor. “Nosotros estábamos en el lado correcto de la historia y Barack Obama está en el lado correcto de la historia”, dijo Bill Clinton, insistiendo en la historia como línea narrativa recurrente durante la plenaria de su partido. Con su discurso, Bill Clinton contribuyó a calmar las aguas para que, al día siguiente, Obama pudiera tomar el escenario como le correspondía: el candidato de unidad demócrata.

Cuando Bill Clinton finalmente dejó los reflectores, me dirigí a la delegación de Texas, donde debía reunirme con un par de “hillaryistas”. Faltaron a la cita. Al día siguiente —el jueves de coronación— las llamé por teléfono. Habían abandonado el Pepsi Center antes de que terminara Clinton. Algo,

me dijeron, no les había gustado en el discurso. “¿Les pareció que no fue suficientemente justo con su mujer?”, pregunté. “No sé, de verdad que no sé”, recibí como respuesta.

“AMÉN, BARACK”

Fuera del Invesco Field de Denver, el estadio de fútbol americano con capacidad para más de setenta mil personas donde Barack Obama aceptaría la candidatura de su partido, varias filas serpenteaban una y otra vez tratando de hallar una entrada. Era una situación imposible: decenas de miles esperando ingresar, al mismo tiempo, a través del embudo creado por las medidas de seguridad, dignas más de un aeropuerto que de un espectáculo de masas. Molestos y deshidratados, los presentes pasaban el tiempo comprando chucherías: muñecos de Obama, botones de Obama, *Obama water* y alguna de las decenas de playeras diferentes que se vendían en Denver como en México se venden chicles en las calles. Después de caminar un largo rato, me acerqué a un vendedor rodeado de clientes. El hombre había mandado a hacer dos mil camisetas, un millar con una imagen y otro con un diseño distinto. Pero ambos se parecían. En la primera, el rostro de Obama se unía al de John F. Kennedy, en abierta referencia al único otro episodio en el que un candidato había recurrido a semejante escenario para

recibir oficialmente la postulación de su partido (Kennedy lo hizo en 1960 en el Coliseo de Los Ángeles). La otra, sin embargo, era reveladora —y, de acuerdo con el dueño del puesto, la que más se había vendido. En ella, Obama miraba seriamente hacia la derecha, al futuro. Detrás aparecía otro rostro. Era Martin Luther King. Debajo de

La política en Estados Unidos
no se juega en el tablero
de las decisiones responsables.
Todo se reduce a triunfar el
primer martes de noviembre

las dos figuras se alcanzaba a leer: “I have a dream”, en letras barrocas. La ilustración no era ninguna coincidencia: Obama aceptaría su lugar en la historia exactamente 45 años después de que King dijera el discurso que cambió para siempre la lucha por los derechos de las minorías en Estados Unidos. Sandra, una mujer que me aseguró haber estado en Washington de pequeña, con su padre, cuando King conmovió al mundo, dijo estar convencida de que Obama haría historia: “El sueño del doctor King va a ocurrir esta noche, va a pasar esta noche. Esto es por lo que luchó Martin Luther King: el momento en el que seremos juzgados no por el color de nuestra piel sino por el contenido de nuestro carácter.” Y con eso, frente a todos, se quitó la blusa que llevaba para ponerse la nueva, con el rostro de Obama justo sobre el esternón.

Para Obama, sin embargo, el legado de Martin Luther King y las otras figuras afroamericanas que han pretendido seguir su lucha desde los sesenta —como Jesse Jackson— es una arma de doble filo. A Barack Obama no le pasa inadvertido el riesgo de que se lo perciba como un emisario de ese pasado doloroso. Esa, entre muchas otras, era una de las

minas potenciales que Obama enfrentaba esa última noche en Denver. Otra era la tentación de hablar sólo con el corazón, apostar por la seducción fácil, por la floritura retórica con la que había anunciado su llegada al escenario político de su país cuatro años atrás y que tanta admiración le había agenciado. Al final, Obama consiguió eludir las amenazas.

El sol no acababa de esconderse en Denver cuando Barack Obama, hijo de un keniano “negro como la noche” y una mujer de Kansas “blanca como la leche”, criado en Hawái por sus abuelos maternos y en Yakarta por su padrastro indonesio, primer candidato postracial en la historia estadounidense, tomó la palabra. A lo largo de poco más de cuarenta minutos, Obama demostró que los demócratas por lo menos habían aprendido la lección de 2004: pelearían desde el principio, incluso antes de que sonara la campana. A sabiendas del tono que usarían los republicanos, expertos en la política del resentimiento y la mentira, Obama contó su vida y habló de su proyecto de gobierno. En ningún momento dejó de atacar a sus contrincantes, pero lo hizo con elegancia. A final de cuentas entró a la historia con un discurso digno de la ocasión. Pidió a la gente que lo escuchara, no que le aplaudiera. Pidió al electorado memoria y reflexión, no viscera ni encono. Y pocas cosas rompieron el silencio, por momentos casi reverencial, que arropó la arenga. Viví una de las excepciones de cerca. Detrás de mí, cada cierto tiempo, una mujer afroamericana lanzaba un sentido grito de “¡Amén!, ¡amén, Barack!” Permaneció de pie durante el discurso entero, mirando fijamente el escenario. Parecía auténticamente hipnotizada. Su tono emocionado, casi musical, me recordó la respuesta de la congregación en una ceremonia *gospel*. La escena ilustraba, mejor que disertación alguna, la reconciliación que pretende encarnar Barack Obama: un auténtico puente entre siglos.

Aun así, había algo en Obama y en el ambiente que presagiaba tormenta. Ahí, bajo la lluvia de confeti y globos en el corazón del Invesco Field, con su mujer y sus dos hijas sonriendo a plenitud, en ese momento histórico, Obama se veía pensativo. Sabía, quizá, que la historia rara vez la escribe la justicia.

II. IRA EN SAINT PAUL

En la política, el mayor error que un candidato puede cometer es permitirle a su oponente definirlo en el imaginario colectivo. Desgraciadamente, en esta era mediática la mercadotecnia política —la construcción o destrucción de la imagen de los protagonistas— es indispensable para ganar una elección. Como toda buena apuesta mercadológica, la venta de un candidato busca conectarse con la viscera y no con la razón del electorado. En esta nueva manera de hacer política, la batalla entre republicanos y demócratas ha sido desigual desde hace, al menos, una década. Desde poco antes de 2000, el Partido Republicano ha vendido y vuelto a ofrecer un solo producto: George W. Bush. Gracias al genio diabólico de Karl Rove, un hombre que ha hecho por la mercadotecnia política lo que David Ogilvy hizo

por la publicidad, la estrategia republicana en las elecciones presidenciales de 2000 y 2004 fue la misma: promover al candidato del partido como un hombre común, cercano a los valores conservadores, sin pretensiones ni pedanterías. La otra variable crucial de la estrategia de Rove es transformar a los contrincantes en el opuesto perfecto de lo primero: patricios desconectados de las preocupaciones del estadounidense típico, vanos representantes de un orden establecido. Nadie como Rove para tomar las mayores virtudes de los rivales y convertirlas, en la percepción del electorado susceptible a ello, en sus peores defectos. Nada de esto, por supuesto, tiene que ver con la verdad detrás de los personajes en cuestión. Así, Al Gore, el intelectual político, pionero de la defensa del medio ambiente e impulsor legislativo de internet, se convirtió en un fatuo, estirado, “abrazaárboles”; una figura profundamente chocante. También así, John Kerry, héroe de guerra en Vietnam, líder del movimiento de veteranos y auténtico liberal de Massachusetts, se volvió, gracias a la campaña negativa orquestada por Rove, un cobarde, mentiroso y encopetado protoaristócrata; antipático por antonomasia. En 2008 Rove está de vuelta.

En la Convención Republicana de Saint Paul, Minnesota, Rove se paseaba confiado, con una sonrisa en el rostro, a pesar de ya no tener un cargo formal en el gobierno. El entusiasmo tenía razón de ser. Su mano en la campaña de McCain es evidente, a través de Steve Schmidt, protegido de Rove y estrategia responsable de los ataques contra Obama. En los días previos a la Convención Demócrata, Schmidt y Rove trataron de tomar la mayor virtud de Obama —su inmenso poder de convocatoria y auténtica capacidad de inspiración— para transformarla en su mayor defecto: una celebridad más cercana a Paris Hilton que a John F. Kennedy. El ataque, típico de Rove, resultó tan eficaz que tanto Michelle como Barack Obama trataron de desmontarlo en Denver. La reacción de los demócratas debe haber encantado a Rove: en la víspera de la Convención Republicana, sólo le faltaba una pieza. Sin Bush, el títere con el que jugó por ocho años, el Partido Republicano se había quedado sin un producto que vender. A sus 72 años y casado con una millonaria —y una larga trayectoria como senador moderado— McCain no podría conectar ni con la clase media ni con la clase obrera. Los republicanos necesitaban, pues, un nuevo producto para, entre medias verdades y buena música de fondo, empaquetar y enviar a los hogares estadounidenses. En la medida de lo posible, debía tratarse de un político joven, conservador y carismático; una suerte de Obama para la base republicana. Ese producto se llamó Sarah Palin, el *coup de grâce* de la política del resentimiento perfeccionada por Karl Rove.

EL PARTIDO DE ROVE

La Convención Republicana estuvo a punto de no realizarse. La naturaleza, que en 2005 se había encargado de destruir la poca popularidad de George W. Bush al hundir Nueva Orleans, parecía conspirar de nuevo en contra del partido

republicano: el huracán “Gustav” se cernía sobre la costa de Luisiana y Texas, y ponía en jaque a autoridades locales y federales. Para la noche del domingo, sin conocer aún las consecuencias del meteoro, el Partido Republicano se encontraba entre la espada y la pared: si cancelaba o abreviaba la coronación de McCain —y de su vicepresidenta— corría el riesgo de perder la invaluable exposición que da una Convención; si proseguía con la fiesta, enfrentaba la posibilidad de un nuevo “Katrina” e, inmediatamente, el final de la elección. La campaña de McCain apostó por la cautela y redujo la agenda del lunes a su mínima expresión. Fue una decisión impecable. Con el presidente Bush obligado a atender lo que antes había descuidado de manera tan flagrante, la Convención Republicana se ahorró un par de presencias potencialmente tóxicas. Dick Cheney, figura macabra como ha habido pocas, ni siquiera apareció. Bush sólo lo hizo a través del video, en los ocho minutos más largos de toda la batalla electoral para John McCain. Al final, “Gustav” no hizo mayor daño en la costa del Golfo, y los republicanos pudieron continuar con una fiesta que habían planeado al dedillo. A partir del martes se dedicarían a atacar a Obama —definiéndolo de acuerdo con las sugerencias de Rove— y a presentar no a John McCain sino a la verdadera estrella de la Convención: una mujer de 44 años sin mayor preparación académica ni intelectual, antigua reina de belleza y campeona de basquetbol, madre de cinco hijos y cazadora de alces. Sarah Palin, gobernadora de Alaska, representaría el papel de anzuelo, con la clase obrera y las mujeres indecisas como presa. Para lograr seducir a ambos grupos, el proceso de venta de Palin debía ser implacable. El miércoles por la noche quedaría claro a qué grado se habían preparado los republicanos para la batalla definitiva.

SARAH BARRACUDA

A las siete de la noche del miércoles 3 de septiembre, el piso del Xcel Energy Center era un hervidero. El debut de Sarah Palin en la escena política había transformado la Convención Republicana de una reunión de la más sosa gerontocracia a una celebración del espíritu de lucha del partido. Antes de Palin desfilaron por el micrófono dos auténticos perros de ataque de la maquinaria republicana, todos antiguos candidatos presidenciales. Mike Huckabee, pastor bautista y gobernador de Arkansas, atacó a Obama y los demócratas por su falta de valor espiritual. La voz

aterciopelada y el tono sarcástico de Huckabee incendiaron la xenofobia de la base republicana: “La gran aventura de Obama por Europa lo llevó a predicar frente a cientos de miles de personas que ni siquiera pagan impuestos aquí”, gritó Huckabee, y la multitud respondió rugiendo. Con la adrenalina del público a tope, apareció Rudolph Giuliani. Nadie como el ex alcalde neoyorquino para jugar sucio. Giuliani se concentró en Obama, disfrutando cada palabra como un niño con una paleta helada: “Barack Obama no ha manejado nada, nunca, nada [este último “nada” lo dijo así, en español]. Al final, esta elección se trata de sustancia contra estilo. Obama es un ‘senador celebridad’.”

Mientras la gente coreaba el nombre de Giuliani, me acerqué a la parte del graderío donde se sentaría la familia de Sarah Palin. Faltando diez minutos para las nueve de la noche, Todd Palin —operador en un campo petrolero y campeón de motocicletas de nieve— llegó rodeado de los suyos. Una de las hijas de los Palin, Willow, llevaba en brazos al pequeño Trig, de cinco meses de edad y con síndrome de Down. En el extremo opuesto estaba Bristol, de diecisiete años y cinco meses de embarazo, tomada de la mano de su novio Levi Johnston, estrella del equipo de *hockey* de la preparatoria Wasilla y quien, en su página en MySpace, se define como un “pinche campesino”. No menos de cien fotografías trataban de conseguir una placa de la pareja. A cinco metros de distancia, el rostro de ambos muchachos parecía de auténtico terror. Johnston trataba de no mirar directo a la lente mientras Bristol volteaba ansiosa a la izquierda, donde la delegación de Alaska agitaba pancartas, saludándola. Y entonces algo ocurrió. Un par de minutos más tarde, Johnston le dijo algo su novia. Era la tercera llamada para comenzar la puesta en escena. En ese momento, Bristol movió la mano para que la prensa pudiera ver —para que el mundo pudiera ver— el anillo de compromiso recién salido de la caja que llevaba puesto. Bristol Palin, menor de edad embarazada, hija de una mujer que no cree en el derecho de la mujer a decidir ni en la evolución, sonrió de oreja a oreja. El teatro de Rove estaba por comenzar.

“¿Cuál es la diferencia entre una mamá que gusta del *hockey* y un *pitbull*?”, preguntó Sarah Palin al poco tiempo de empezar su primer discurso frente a millones de personas: “El lápiz labial.” Conforme avanzó la noche, quedó claro que la frase no era una ocurrencia sino una declaración de principios. La noche del miércoles, 24 horas antes de que John McCain tomara la estafeta



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Beni Renate

de manera oficial, Sarah Palin tenía dos encomiendas: golpear a Obama y a Joe Biden, su gris compañero de fórmula, quien para entonces había ya desaparecido de la cobertura mediática, y convencer a las mujeres de clase media y a sus maridos de que ella, con su familia numerosa y su vida de pueblo pequeño, era “como ellos”. Escritas por Matthew Scully, autor de muchos de los discursos del presidente Bush, las palabras de Palin resultaron profundamente efectivas. Leyendo las líneas de Scully, Sarah fue de nuevo “Sarah Barracuda”, como la llamaban sus compañeras de básquetbol escolar por su fiereza en la cancha. “Nuestra familia tiene los mismos vaivenes que cualquier otra”, prosiguió, mirando tiernamente a la cámara: “tiene los mismos retos y las mismas alegrías”. Palin habló después de su hijo Trig (concebido a los 43 años de la madre, cuando las posibilidades de sufrir una complicación son elevadísimas): “Yo me comprometo a defender los intereses de las familias que tienen hijos con necesidades especiales”, aseguró Palin con un nuevo guiño a la cámara. Habiendo conmovido a todos los propios y a no pocos extraños con su vida personal, Palin concentró las baterías en sus contrincantes y, al hacerlo, hizo evidente —y definitivo— el tono que adoptaría el Partido Republicano con tal de no perder la presidencia. Sin ningún recato, Palin se burló de Obama y su experiencia como organizador comunitario; lo acusó de promover una agenda de reforma y cambio sólo para “proseguir con su carrera”; insistió en que Obama es más una celebridad que un hombre de Estado. Y lo hizo todo sin dejar de sonreír.

Al final del discurso, la familia Palin en pleno subió al escenario. Sarah besó discretamente a todos y tomó en sus brazos a su hijo más pequeño. Dando de nuevo la cara al público, Palin volteó al niño para que a nadie le quedara duda de la vida que enfrentaría y de la valentía de sus padres. Y así, con un niño de cinco meses de edad con síndrome de Down utilizado como peón en el ajedrez electoral, la Convención Republicana llegó a su punto culminante.

“ASUNTOS DE COCINA”

Que John McCain haya aparecido al día siguiente de la puesta en escena de “Sarah Barracuda” importa poco. Después de que Palin había hecho el trabajo sucio de seducir a la clase obrera y de convencer a la derecha de salir a votar —tareas complicadas para McCain—, el candidato presidencial republicano intentó, la noche del jueves, acercarse al centro. Enfatizó que lo suyo nunca ha sido dividir, que creía que ya era tiempo de la concordia. McCain —que nunca ha sido un gran orador— tuteó varias veces

y trastabilló otras. En el fondo, quizá, el político auténticamente independiente que lleva dentro le cobraba una factura.

En la mañana de ese mismo día, Karl Rove había publicado un análisis del discurso de Sarah Palin. Entre muchos intentos por restar importancia a la selección de un vicepresidente, Rove había soltado una perla: “La historia de la señora Palin podría llevar a los votantes a verla como alguien que entiende los asuntos que se discuten en la cocina [...] Y con las mujeres más indecisas que los hombres, Palin podría sumar uno o dos puntos al total de McCain, diferencia que podría ser crucial en esta elección.” Una semana más tarde, en el primer sondeo de Gallup posterior a la temporada de Convenciones, John McCain aparecería por primera vez por encima de Barack Obama. En otra encuesta, esta de ABC News, McCain había pasado de perder el voto de las mujeres blancas por ocho puntos a ganarlo por doce. La ira de Saint Paul había funcionado a las mil maravillas.

EL DESEO DE SALLY

El miércoles 3 de septiembre, apenas unas horas antes de que Sarah Palin dijera el discurso que marcaría el rumbo de la elección, me encontré con un grupo de jóvenes que, a no más de doscientos metros de la Convención, gritaban su apoyo por Barack Obama. En un sentido, parecían llegados de otra época: ellas con flores pintadas en el rostro, ellos con el pelo largo. Pero, al escucharlos, comprendí que su esperanza era completamente contemporánea. Eran los hijos del 11 de septiembre y de George W. Bush, no los de Vietnam. Uno de ellos me dijo que McCain representaba a otra generación: “esta

es la elección de lo viejo contra lo nuevo”. Otro más de los muchachos se unió a la conversación: “creo que McCain se va a morir al poco tiempo de llegar a la Presidencia”, nos compartió. Mientras platicábamos se acercó Sally, una chica de no más de veintiún años. “Yo voy a votar por Obama porque nos merecemos algo mejor, nosotros, los jóvenes”, me dijo. Al poco tiempo, cuando se dio cuenta de que su entrevistador era mexicano, anunció que trataría de explicarme su posición política en español. Y entonces, con un gesto pícaro, tomó la grabadora y confesó, en su castellano entrecortado: “Yo deseo un presidente de Obama por las personas de Estados Unidos, y México y Europa y África.” ¿Qué piensas de Sarah Palin?, le pregunté para terminar. “¿Quién?”, me contestó, ya en inglés, como quien se quita de la solapa una pelusa.



Si la política se entiende como el ejercicio responsable del servicio público, la selección de Sarah Palin como candidata a la vicepresidencia no sólo resulta incomprensible sino profundamente irresponsable. En los días posteriores, cuando Palin ya era un fenómeno mediático sólo comparable a Obama, algún republicano defendió a la gobernadora de Alaska recordando que aquel estado está cerca de Rusia, consagrando así la primera ocasión en que un político obtiene experiencia por proximidad geográfica (“Puedo ver Rusia desde mi casa”, diría Palin, confiada, en su primera entrevista, con un exasperado Charlie Gibson, de la ABC). Pero, desde hace tiempo, la política en Estados Unidos no se juega en el tablero de las decisiones responsables: todo se reduce a triunfar el primer martes de noviembre. Y, para ello, todo se vale. Desde que los estadounidenses prefirieron a Bush antes que a Gore, la suerte estaba echada.

Al final, la elección del 4 de noviembre de 2008 será un nuevo examen del espíritu de Estados Unidos. ¿Se presentarán los jóvenes a las urnas para defender el cambio generacional del que me hablaba Sally en Saint Paul? ¿Se inclinarán los indecisos por McCain? ¿Preferirán las mujeres blancas y las hispanas a Palin, aunque no compartan buena parte de su agenda social, como me anunciaran las dolidas hillaryistas en Denver? ¿Se resistirá el electorado estadounidense a la estrategia del titiritero Rove? Y, sobre todo, ¿está listo Estados Unidos para elegir a un hombre negro como presidente? Para Barack Obama, la decisión final será también una sentencia sobre su propia vida. Es difícil imaginar un dolor más grande para un hombre que ha tratado de trascender las cicatrices de su patria que ver a ese mismo país darle la espalda precisamente por aquellas heridas. Si así ocurre, Obama no será el único agraviado. —

— LEÓN KRAUZE



Concurso de belleza

La campaña presidencial en Estados Unidos llega finalmente a su fase decisiva y, a pesar de todos los giros inesperados —principalmente, la decisión del senador McCain de nombrar como su compañera de fórmula por el Partido Republicano a la hasta ahora desconocida gobernadora de Alaska, Sarah Palin—, lo que queda claro es que este país está tan dividido hoy en materia ideológica como lo estuvo en 2000 o en 2004. Es posible, por supuesto, que algún acontecimiento exógeno de carácter político, militar o económico —la captura o la muerte de Osama Bin Laden, digamos, o la persistencia y el descontrol de los recientes fracasos de la banca y el sistema crediticio, por mencionar dos ejemplos extremos, aunque de ninguna manera imposibles— incline al electorado desproporcionadamente a favor de McCain, o bien, a favor del senador Barack Obama. Pero lo más probable es que la elección quede en manos de un puñado de los así llamados *battleground states* o estados en disputa —Míchigan, Pensilvania, Ohio, Colorado, Virginia y Florida—, en los que al parecer un grupo importante de votantes indecisos aún no tiene claro a quién brindar su apoyo.

Claramente, esto no es lo que Obama y sus asesores esperaban. Al considerar a McCain su oponente en las elecciones generales, cometieron al parecer el mismo error que Hillary Clinton cuando se enfrentó a Obama en las primarias demócrata-

tas: dar por hecho la propia victoria. A esto hay que sumar que la soberbia es siempre el talón de Aquiles de las candidaturas mesiánicas, como lo es la de Obama (los salvadores pueden ser martirizados o traicionados, pero no pueden ser derrotados legítimamente). Así, resulta fácil darse cuenta por qué la campaña tropezó tan estrepitosamente en agosto y septiembre.

Sin embargo, lo anterior no quiere decir que ahora haya más probabilidades de que los demócratas pierdan en noviembre. Obama eligió al senador Biden como su candidato a la vicepresidencia en gran medida como una suerte de profilaxis política contra los argumentos cada vez más eficaces de la campaña de McCain durante la carrera hacia la Convención Nacional Demócrata, argumentos según los cuales Obama carecía de experiencia en materia de política exterior. En cambio, cuando McCain —un candidato al que la base conservadora, en gran parte evangélica, de su propio partido detesta— eligió a Palin, lo hizo como un intento desesperado por salvar cualquier posibilidad de victoria. Se trató, en la lengua del fútbol americano, de un pase Ave María. Que esto, al menos en el corto plazo, haya resultado mucho más exitoso de lo que se habría podido esperar dentro de límites razonables, no cambia el hecho de que en una economía enferma, en la que las malas noticias provenientes de Afganistán comienzan a ensombrecer las buenas noticias provenientes de Iraq (McCain esperaba que la mejora en la fortuna militar de Estados Unidos constituyera un eje de su candidatura), la probabilidad de la victoria permanezca firmemente del lado de Obama.

Prueba de ello es que, pese a encabezar las candidaturas republicanas, McCain a menudo parece tener un papel secundario en las concentraciones, mientras que Palin desempeña el papel protagónico. Sea como fuere, casi nunca se ha visto que en la política estadounidense los candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia hagan campaña juntos. Es verdad: la decisión de McCain refleja el entusiasmo que la base del Partido Republicano siente por Palin. Pero refleja de igual manera la debilidad de McCain como político y su vulnerabilidad como candidato. Parece bastante probable que, conforme el “efecto Palin” comience a menguar, como sucederá inevitablemente, la campaña de Obama se reavive de forma inteligente –Palin también es una candidata mesiánica y, en este sentido, tiene las mismas debilidades que Obama, sólo que se encuentra en un ciclo electoral que marcha a favor de los demócratas y tiene algunas limitaciones muy importantes que no llevan a cuestras estos últimos, sobre todo el desasosiego que su candidatura inspira entre muchos votantes independientes, a los que les asusta no sólo su inexperiencia, sino su adhesión al creacionismo y su oposición al aborto incluso en casos de violación e incesto.

Sin duda, un racismo no reconocido entre el electorado estadounidense –no sólo entre los blancos sino también entre los hispanos (los votantes hispanos se volcaron en favor de Clinton y en contra de Obama, y uno de los grandes temas intocables en Estados Unidos contemporáneo es la hostilidad entre afroamericanos e hispanos en las principales ciudades)– podría brindarle a la fórmula McCain-Palin una victoria inesperada. Los encuestados se muestran bastante renuentes a aceptar sentimientos racistas y, aunque este factor no se pueda desatender, las encuestas revelan de manera palpable que la mayor inquietud entre el electorado en general tiene que ver con la edad de McCain (si gana, será la persona más vieja que haya asumido jamás la presidencia), y que la preocupación más grande entre los votantes independientes que decidirán el resultado de la elección es si Palin, que sólo hasta el año pasado obtuvo un pasaporte para visitar a las unidades de la Guardia Nacional de Alaska que sirven en Europa e Iraq, es competente para ser presidente de Estados Unidos en tiempos de guerra. Las primeras entrevistas de Palin con los medios de comunicación, que destacaron por sus respuestas aprendidas de memoria y sus impresionantes lagunas, no tranquilizaron en forma alguna a dichos votantes.

La ironía de todo esto radica en que, pese a las profundas diferencias sobre el tema de Iraq, y pese a los estilos de presentación tan disímiles, no es mucho lo que distingue la postura de Obama en materia de política exterior de la postura de McCain. Ambos consideran que Rusia resurge como una seria amenaza y han llamado a la asimilación apresurada de Georgia y Ucrania a la OTAN. Ambos insisten en que bajo ninguna circunstancia se debe permitir a Irán continuar con su programa nuclear, y ambos apoyan a Israel a tal grado que prácticamente están dispuestos a darle al Estado hebreo un cheque en blanco (y en esto, por supuesto, no difieren de cualquiera de sus predecesores

durante los últimos cuarenta años, con la extraña excepción del primer Bush). Finalmente, los dos están comprometidos con las políticas ambientales y de energía que, dictadas por los estándares de la actual administración, no amenazan ningún interés nacional ni internacional. De hecho, el inquebrantable apoyo de Obama al etanol –que difícilmente resulta una sorpresa, dado que él proviene de Illinois, un estado productor de maíz que se verá beneficiado con la continuación de este programa extremadamente descabellado en términos ambientales– lo pone un tanto a la derecha de McCain en este tema, algo parecido a lo que sucedió con su plan de salud pública, considerablemente menos liberal que el propuesto por Hillary Clinton durante las primarias demócratas.

Todo esto no significa que no existan diferencias entre ambos candidatos. Al contrario: en cuestiones de política interna la brecha casi siempre es ancha y profunda. Una de las razones por las que tantos conservadores se tomaron tan a pecho la inclusión de Palin en la fórmula republicana fue que su presencia les aseguraba –con o sin garantía: una larga historia muestra que los republicanos prometen la luna a los conservadores mientras están en campaña y cumplen bien poco una vez que están a salvo en sus puestos– que una administración McCain nombraría a magistrados conservadores para ocupar varios asientos de la Suprema Corte que probablemente quedarán vacíos por muerte o jubilación durante los próximos cuatro años. Existen pocas dudas de que, en temas que van desde la política impositiva hasta la cuestión clave de las consecuencias que tendrá la reestructuración financiera de la crisis bancaria e hipotecaria, pasando por la política educativa, Obama romperá con el estilo *laissez-faire* de gobierno que el presidente Bush ha mantenido tan tenazmente y con el que McCain, según se deduce de sus declaraciones, parece tener pocos desacuerdos, salvo en el tema del medio ambiente.

Pero cuidado... Si los republicanos han defraudado a sus derechistas de línea dura una vez que ganan el puesto, los demócratas tienen un historial igualmente sólido en materia de engatusar a las bases de izquierda de su propio partido (izquierda en el sentido estadounidense; bajo los estándares europeos la izquierda estadounidense está conformada casi enteramente por socialdemócratas de centro). Desde la década de 1960 sólo ha habido dos presidentes demócratas, Jimmy Carter y Bill Clinton, y ambos han gobernado más desde el centro que desde la izquierda (si no es que desde la derecha, al menos desde la perspectiva de una izquierda en forma). A decir verdad, sus candidaturas se basaron en buena medida en romper con el ala radical de su propio partido. Y si los demócratas se las han arreglado para pasar por alto, lo más posible, el hecho de que Obama es muy afín a esta línea Carter-Clinton, esto no es sino un índice del enojo y la desesperación que sienten (comprensiblemente) por la catástrofica e inepta presidencia de George W. Bush. Sin duda, esta afinidad se puede atribuir en parte al cliché liberal de que

todo afroamericano que se precie de serlo es en el fondo un liberal de izquierda—no obstante Colin Powell o Condoleezza Rice—, una idea que parecerían confirmar tanto la participación juvenil de Obama en la organización comunitaria de Chicago como su asistencia a una iglesia presidida por un ministro militante, el reverendo Jeremiah Wright, pero que su carrera en la política electoral no hace sino desmentir. En cierta medida, esa misma afinidad es consecuencia del hecho de que las candidaturas carismáticas, como la de Obama, siempre tienen algo de mancha de Rorschach, en el sentido de que la gente tiende a ver en ellas lo que quiere ver.

Sería ingenuo culpar a un político profesional como Obama por no capitalizar su don de ser casi todas las cosas para toda la gente. Sin embargo, la faceta liberal de esta aparente suspensión colectiva de la incredulidad a cargo del electorado ha sido uno de los aspectos más impactantes de la campaña de 2008. Muchos de los seguidores de Obama—al igual que un gran número de los europeos que se han visto deslumbrados por su candidatura—no hablan en términos de sus políticas, sino más bien de su habilidad para, como dice la frase, “promover el cambio”. No existe consenso ni claridad, empero, sobre en qué consistiría ese cambio. Para cualquiera interesado en la historia medieval, esto habla de una maravillosa recapitulación de la idea de la curación cuando “el rey

toca las llagas de los enfermos”. Pero esto también significa que muy pocos de los seguidores de Obama tienen una idea realmente clara de cómo sería una presidencia encabezada por este senador y, puesto que él también es un novicio en la política electoral (trabajó unos cuantos años en la legislatura del estado de Illinois y dos años en el Senado de Estados Unidos), tampoco hay mucho en el historial de Obama para emitir un juicio.

Si se mira con frialdad, es difícil no sentir que la mutación de la política presidencial estadounidense en un “curso de belleza” cada vez más vacío ha dado otro paso gigante en este ciclo de 2008. McCain el héroe de guerra, Palin la heroína de los pequeños pueblos conservadores de Estados Unidos, y Obama el paladín del multiculturalismo estadounidense (el candidato a la vicepresidencia de Obama, Biden, prácticamente no figura), sólo son auténticos si se los entrecomilla. Si el mundo no estuviera en una situación tan desesperada, y si su destino no dependiera a tal punto de las decisiones que se tomen, sea quien fuere el nuevo ocupante de la Casa Blanca, uno podría disfrutar de esta farsa. Pero así como están las cosas, uno sólo puede esperar, aunque sin muchos fundamentos para hacerlo, que las cosas no salgan tan mal. —

— DAVID RIEFF

Traducción de Marianela Santoveña

El Rey León

¿El presidente número 44 de Estados Unidos puede ser afroamericano? Sin duda. ¿Puede ser un hombre de 72 años con graves limitaciones físicas a consecuencia de las torturas que sufrió durante su cautiverio en Vietnam? También. ¿El factor clave para la elección del próximo 4 de noviembre es la experiencia política y una larga trayectoria pública? Sí, pero no necesariamente como ingrediente del triunfo sino de la derrota.

Por si alguien se atrevía a dudar de la fuerza que el fenómeno Obama ha alcanzado, por si alguien todavía no era consciente del profundo nivel de la crisis en ese país, el candidato republicano a la presidencia ha elegido a una mujer sin experiencia, rodeada de situaciones polémicas, para intentar capturar el voto femenino que apoyaba a Hillary Clinton.

Si el comportamiento electoral mantiene la tendencia marcada en las elecciones primarias, la verdadera pelea por

ocupar la Casa Blanca será protagonizada por Barack Hussein Obama y Sarah Palin.

La Historia es implacable cuando los pueblos se equivocan al elegir a sus gobernantes. Sin embargo, de vez en cuando la gente tiene la capacidad de intuir las tormentas que se avecinan. Eso ocurrió en 1860, cuando el estilizado Abraham Lincoln se convirtió en el primer presidente emanado del Partido Republicano.

Con poca experiencia y sin pedigrí político, Lincoln tuvo que enfrentar, en la contienda por la presidencia, a candidatos con mucho más experiencia de gobierno. Pero sólo un hombre, él mismo, consiguió invocar, en un discurso memorable ofrecido en Gettysburg, el principio de la igualdad de los hombres consagrado en la Declaración de Independencia y remover en el corazón de los estadounidenses el recuerdo de los Padres Fundadores que construyeron una nación “concebida en la libertad y consagrada al principio de que todas las personas son creadas iguales”. Logró construir un gobierno emanado del pueblo, para el pueblo y con el pueblo, capaz de salvar a la Unión de la catástrofe secesionista que se avecinaba.

Barack Hussein Obama no es Abraham Lincoln, al menos hasta ahora. Tienen, sin embargo, muchas características comunes. Lincoln poseía una visión de la historia nacional que le daba la imparcialidad y paciencia del leñador que nunca dejó de ser. Era un purista del comportamiento ético del gobierno, sujeto siempre al mandato sagrado de la Constitución, y de acuerdo con la creencia bíblica: la búsqueda de la unidad para el desarrollo del pueblo, por el pueblo y con el pueblo.

Sobre todas las cosas, Lincoln era esencialmente pragmático y estaba enfocado en un sólo objetivo: consolidar la unión de los Estados Unidos de América.

A fines de 1860, cuando fue electo el decimosexto presidente de esa nación, en sus planes de gobierno no había ninguna propuesta de emancipación esclavista, pero sentía que su triunfo implicaba un determinismo providencial, y que para cumplir su misión de la mejor manera era preciso convocar a las personas más destacadas para integrar su gabinete. Lincoln supo liderar a los más brillantes y experimentados para terminar la Guerra Civil y reconstruir al país mediante una memorable campaña de reconciliación, logrando convertirse en ejemplo y guía de la mejor política de Estado a la que puede aspirar una democracia.

El momento histórico actual de Estados Unidos no admite que “mañana será otro día”. Es, de nuevo, un momento crucial para el destino no sólo de ese país sino de millones de humanos que de una u otra forma pendemos del hilo de la política norteamericana. Estas no son unas elecciones sencillas, y por lo tanto no es posible reducirlas a un juego de azar o a un asunto de polaridad racial.

El desafío para la sociedad estadounidense no es sólo encargar el cambio histórico que significa la elección de un hombre negro para gobernar un país fundado por los WASP (blanco, anglosajón y protestante), sino encontrar la solución al embrollo en que se ha convertido el día a día de esta nación.

Obama, como Lincoln, no ataca al hombre de otra raza, ni pretende redimir los abusos contra la suya. Ambos han sido capaces de comprender la complejidad humana y la similitud de sus conflictos.

Obama puede ser el presidente de Estados Unidos no por su origen racial sino porque de ninguna manera es un americano convencional: no tiene una historia de triunfo y esperanza americana; sus ancestros no fueron esclavos ni vivieron el temor del abuso blanco. Obama vivió una niñez tan cercana a Nueva York como la pudo haber vivido cualquier niño latinoamericano o japonés que pasa las tardes viendo televisión.

QUIÉN ES OBAMA

Cuando uno está frente a Barack Obama, lo primero que nota, tras su cordialidad, su simpatía y su mirada firme y clara, es la distancia insalvable que impone.

Sólo dos hombres en mi vida me han producido la misma sensación. Uno es Nelson Mandela, que pasó casi

treinta años en el doble aislamiento del *apartheid* y la prisión. El otro es Obama.

Las manos de Obama son un reflejo de su actitud con el interlocutor: largas, cálidas en un primer toque y frías al contacto cuando el saludo se prolonga.

El senador ha aprendido a representar el papel de un americano promedio sin ser uno de ellos, un americano conectado con los mejores momentos de la historia de ese gran país que fue Estados Unidos de América.

No es ni se siente hijo de la ley de derechos civiles, disidente o víctima de una guerra injusta; tampoco ha vivido como un intelectual de cámara o bajo los embrujos de una decadente burguesía.

Es y ha vivido como el hijo de una mujer nacida en Kansas —como Dorothy, la del Mago de Oz—, que, con zapatos rojos o sin ellos, fue en busca de la calidez a Hawái, donde conoció a Barack Obama Sr., un kenia que pasó de cuidar cabras a convertirse en el primer estudiante africano becado por la Universidad de Hawái.

Pero el camino de esta Dorothy no acabó ahí; otro amor la arrastró con un filipino hasta Bali, y de ahí a Yakarta, acompañada por su hijo, que a los diez años volvió a Hawái.

Obama creció ajeno al bagaje de odios y amores que han azotado a la sociedad estadounidense desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Tampoco es hijo de esa contradicción fundamental que define a su país, y que consiste en ser imperio para el resto del mundo y ser, en su interior, una pequeña localidad que manda sobre todo pero ignora todo al mismo tiempo.

A Obama sus ojos negros le hacen mirar a su pueblo, el afroamericano, como el producto de un fracaso. Ese fracaso tiene dos partes: el abuso del blanco y el vencimiento y resignación de sus hermanos negros.

El fenómeno Obama tuvo su máxima explosión el pasado 18 de marzo, cuando se atrevió a decir que, para conseguir la unión perfecta, es necesario llamar a las cosas por su nombre, aunque ello implique el reconocimiento del fracaso de una colectividad a la que Lincoln reconoció como clave para la conveniencia política.

Parte del fenómeno Obama es que este compite por la presidencia en un mercado donde la balanza está marcada por el costo de la guerra de Iraq —que hasta el 11 de septiembre de 2008 registraba más de cuatro mil soldados estadounidenses caídos en combate— y por la profunda crisis económica, la única que puede hacer que, en el caso de los electores blancos protestantes, el voto se defina más por la necesidad de garantizar un futuro que por el apego a los atavismos convencionales.

Obama habló a sus hermanos afroamericanos como a cualquier hombre blanco le gustaría hacerlo sin ser acusado de racista: “La falta de oportunidad económica entre los hombres negros, y la frustración y vergüenza de poder mantener a sus familias, contribuyó a la erosión de las familias negras [...] La discriminación legalizada [...] significaba que las familias

negras no podían construir ninguna riqueza significativa que dejarle a las futuras generaciones. Esa historia ayuda a explicar la diferencia de ingresos entre blancos negros [...]"

EL EQUIPO OBAMA

Impresiona la frialdad de Obama a corta y media distancia. Cuando está junto a su esposa, es notoria la diferencia entre la posición distante de él y el drama del color, y la injusticia y la historia que vive en ella.

Michelle tiene, en cada centímetro de su piel, el recuerdo de la historia acumulada. Tiene una cuenta pendiente, aunque no se la cobre a quienes le quitaron a Rose Parks su asiento en el autobús de la ciudad de Alabama. Ella tiene un sueño, como Martin Luther King, y tiene *the eyes on the prize* [los ojos en el premio], y el premio es la justicia de la igualdad. Su marido, por el contrario, puede ver la combinación perfecta entre el abuso blanco y la indolencia negra.

Obama —como todo buen hombre que logra construir un hogar equilibrado— es lo que es gracias a su esposa. Ella es la encargada de recordarle que no es “un mesías que lo arreglará todo”, pero al mismo tiempo es el motor que lo ha impulsado a continuar en una carrera que tiene como lema “juntos podemos lograr un cambio”.

Esta mujer sabe que la política debe ser práctica y dar resultados antes que aportar inspiración y sueños poco terrenales. Por lo mismo, fundó un programa para entrenar líderes y ayudar a jóvenes a desarrollar habilidades que pudieran ser funcionales en el mundo de hoy dentro del sector público.

La sinceridad de Michelle ha llegado a tal punto que criticó en público el tamaño de las orejas de su marido, su mal aliento por las mañanas y la tensión que existió entre ellos cuando él estaba enfocado en su carrera política y ella estaba sola en casa cuidando a sus dos pequeñas hijas.

Lo anterior le ha permitido ser vista como una mujer cotidiana, libre y, sobre todo, lista para llegar del brazo de su esposo a la Casa Blanca.

LA HORA DE LA VERDAD

Obama sabe que Dios es fundamental en la historia de Estados Unidos. Sabe que Karl Rove lo invocó para lograr que George W. Bush conquistara su segunda victoria electoral en 2004. Por eso, en los discursos y en las frases de Obama el elemento religioso no sólo conecta con la raza sino con el espíritu estadounidense.

En su discurso sobre la raza y el racismo, “Una Unión más perfecta”, dio una lección de paz y de entendimiento con la comunidad blanca. Obama está al tanto de que para los hombres y mujeres de la generación de Jeremiah Wright, su pastor, “los recuerdos de humillación, duda y miedo no se han desvanecido, como tampoco lo hizo el enojo y el resentimiento. El enojo puede no ser expresado en público, frente a compañeros de trabajo o amigos blancos. Pero sí se expresa

en la peluquería de barrio o en la mesa de la cocina [...] Y ocasionalmente llega a la Iglesia los domingos en la mañana [...] Esta ira no siempre es productiva; de hecho casi siempre nos distrae de la resolución de los problemas [...] Pero la ira es real, es poderosa, y sencillamente desear que desaparezca, condenarla sin entender sus raíces, sólo sirve para agrandar el abismo de malentendidos que existen entre las razas”.

Obama ve el gueto estadounidense con la misma distancia y solidaridad con que pudo ver el de Varsovia. No obstante, es como una maldición de origen el que el color de su piel, que le importa tan poco a él y tanto a los demás, puede hacerle imposible el acceso a la presidencia.

Obama habla a los afroamericanos sintetizando el punto de vista de esta comunidad, que padeció la esclavitud, pecado original de Estados Unidos: “Aquí es donde estamos hoy en día. En un punto muerto racial. Un punto muerto donde hemos estado por años. Nunca fui tan ingenuo como para creer que podamos superar nuestras diferencias sociales en una sola elección. Pero tengo la firme convicción —basada en mi fe en Dios y en los estadounidenses— de que, trabajando juntos, podemos ir más allá de nuestras heridas raciales y que de hecho no tenemos opción si queremos continuar el camino hacia una unión más perfecta.”

El discurso y la figura en que se ha convertido el candidato seguirían siendo una anécdota de no ser por el suicidio institucional que se produjo en Estados Unidos tras los ataques del 11 de septiembre. En otro momento histórico, durante otra campaña electoral, Obama habría quedado reducido al papel de la esperanza que nunca se cumple, sólo un símbolo de que en el sistema caben todos y que un afroamericano podía seguir encabezando la lista de los sueños políticos más preciados, con la certeza de que estos rara vez se cumplen.

Pero eso era antes de 2001.

Antes habría sido imposible pensar que Obama se haría millonario con la venta de sus libros o que los ojos del mundo seguirían cada uno de sus pasos en Kenia, en tiempo real, durante sus visitas a Sarah Obama, su abuela; habría sido imposible que los contrincantes a la presidencia fueran una mujer, un afroamericano y un héroe de guerra de 72 años.

Sin el fracaso de esa mentira, la invasión a Iraq, que ha destruido toda la autoridad moral del gobierno, Estados Unidos jamás habría arrastrado una serie de crisis consecutivas que abrió la puerta a un hombre que, por clasificación étnica y cultural, está muy lejos de representar el triunfo de un afroamericano promedio y de un estadounidense cualquiera con aspiraciones a ocupar la presidencia de su país.

Es la hora de la verdad. Y en esta hora las predicciones resultan inútiles; es imposible saber cómo se comportará el corazón profundo de la América blanca.

Si uno traza un mapa del lugar de residencia de los estadounidenses muertos en Iraq, o de aquellos que han perdido por lo menos el cincuenta por ciento del valor de sus pose-

siones, es obligado preguntarse cuánto tiempo más puede alargarse artificialmente el *establishment* político y permitir que la máquina republicana se imponga. ¿O será superior el anhelo de cambio, lo cual le daría la victoria a la máquina demócrata, más envuelta en sueños que en realidades convertidas en pesadillas?

Nunca había habido una elección con posibilidades más abiertas desde aquella de 1860. En aquellos tiempos, los vientos de la tormenta señalaban la posibilidad del fin de la Unión. El pueblo eligió con instinto, llevando al triunfo a la mejor opción.

UNA NUEVA MAYORÍA

Es inconcebible que, pese a su inexperiencia política y a los graves errores e imprudencias cometidos durante su campaña, Obama se haya convertido en un candidato que parece imposible de vencer. Pero al conocerlo, poco a poco se hace evidente que con su estrategia política pasa lo que con su persona: él habla, observa, comunica y trasmite, pero uno siente que nunca podrá penetrar su territorio de soberanía.

El lenguaje corporal de Obama lo dice todo. Él hace uso, inicialmente, de esa cordialidad profesional de cualquier egresado de las universidades del este, a las que sólo es posible ingresar con una garantía financiera superior a los 65,000 dólares o con un préstamo en garantía —como fue su caso. Inmediatamente después, en un segundo movimiento, surge su esencia: Obama levanta una barrera que impide atisbar qué sabe y qué espera que los demás veamos.

Es inútil hablar de lo que pasará, pero es fundamental entender lo que pasó. En el primer debate realizado entre los precandidatos demócratas, Obama era el aspirante y como tal llegó, saludó y recibió la palmadita en la espalda de la reina consolidada Hillary Clinton. En aquel momento, por si fuera poco, la senadora por Nueva York agradecía la contribución multiétnica que le brindaba el senador por Illinois al acompañarla en lo que parecía su carrera triunfal a la Casa Blanca.

En el segundo debate, cuando Obama entró en el foro donde se transmitía por primera vez desde YouTube, la nueva televisión, no se movió ni se precipitó a saludar a nadie. Contra todo pronóstico, dejó de comportarse como un aspirante para empezar a imponer la distancia del Rey León.

A partir de ahí, su política tuvo una constante: abandonar la posición de vendedor para colocarse como comprador. Ese fue el gran salto psicológico que le permitió triunfar sobre los Clinton. Naturalmente, en aquel momento la generalidad de

sus palabras, lo hueco de sus planteamientos y la ausencia de propuestas concretas producían el rechazo que provoca un *amateur* político que ofrece el cambio porque no tiene nada mejor a qué comprometerse.

Ahora Obama sabe que lo que recuerda la gente luego de cualquier intervención televisiva son dos cosas: si el candidato estuvo bien o mal, y si la composición del conjunto era atractiva. Por eso, en sus intervenciones televisivas, no dice nada comprometedor o heterodoxo: eso lo deja para los mítines, donde convoca a miles de entusiastas.

Su código, su entendimiento y su mito no tienen nada que ver con el maquillaje político o las luces de neón de los estudios de televisión. Son una actitud y un discurso que resisten y provocan aire fresco.

Obama es un invento de los jóvenes, de los jóvenes tecnológicos para quienes representa la esperanza, la neutralidad y el pragmatismo de nuestro tiempo.

¿Qué explica que Barack Obama haya conquistado la voluntad de la gente que compró el derecho a votar con él? En el viejo sistema, los políticos compraban el voto de la gente; en la era de internet, la gente no sólo mira y vota, sino que participa a través de YouTube, los *blogs* y las contribuciones económicas, que van de quince a cien dólares por persona. Esta es una campaña hecha para la gente, para la gente.

¿Qué esperan esos jóvenes a cambio? En las elecciones primarias creció cuarenta por ciento la participación de los nuevos votantes. A partir de ahora la contienda de Estados Unidos puede estar dividida entre la Biblia de Karl Rove o las *laptops* de Obama. La respuesta se despejará el 4 de noviembre en la madrugada, cuando veamos si

la revolución generacional encabezada por los jóvenes se traduce en votos.

Al final del día, las propuestas políticas de Obama tienen poca importancia; es un pragmático y, si llega a la Casa Blanca, gobernará, como Lincoln, buscando la construcción de una nueva mayoría.

Su modelo de gobierno no será el de Clinton ni el de Kennedy sino el de Mandela, porque no intentará ser el mandatario de la esperanza demócrata sino el reconstructor del mejor tejido de Estados Unidos de América, basándose en su condición de profeta de los nuevos medios.

Lo que nadie percibe es que, independientemente de lo que pase el 4 de noviembre, para Barack Hussein Obama la elección ya ha sucedido: el Rey León ya reina. —

— ANTONIO NAVALÓN



Ilustración: LETRAS LIBRES / Alejandro Magallanes